

“ duce en ellas ecos semejantes á los gritos del
 “ ejército turco en la derrota de la Morawa. ¡Cuán
 “ dulce es este murmullo á los oídos de los servios
 “ independientes! ¡Cuán dulce es despues del com-
 “ bate descansar de muerto ó vivo al pié de un ro-
 “ ble, que como nosotros canta su libertad!”

RELACION

DE LA

RESIDENCIA DE FATALLA SAYEGHIR

ENTRE LOS ARABES ERRANTES DEL DESIERTO.

 Traducida bajo la direccion de M. de Lamartine.

Acampados en medio del desierto que se estien-
 de desde Tiberiade á Nazareth, hablando de las tri-
 bus árabes que habiamos encontrado durante el
 dia, de sus costumbres y de sus relaciones ya entre
 sí mismas, ya con los grandes pueblos que las ro-
 dean, tratábamos de descubrir el misterio de su
 origen, de su destino y de la admirable perseve-
 rancia del espíritu de raza que separa de las demas
 familias humanas á aquellas tribus, y las tiene,
 como á los judíos, no fuera de la civilizacion, sino
 en una civilizacion peculiar y tan inalterable como
 el granito. Quanto mas he viajado mas me he ido

convenciendo de que las razas son el gran secreto de la historia y las costumbres. El hombre no es tan educable como pretenden los filósofos. La influencia de los gobiernos y de las leyes está muy lejos de obrar tan radicalmente como se cree sobre las costumbres y los instintos de un pueblo, al paso que la constitucion primitiva, la sangre de la raza, obra siempre y se manifiesta al cabo de miles de años en las formas físicas ó en los hábitos morales de la familia ó de la tribu. El género humano corre por rios y por arroyos al vasto océano de la humanidad, pero mezclando en él sus aguas lentamente, y á veces no mezclándolas y volviendo á salir, como sale al Ródano del lago de Ginebra, con el gusto y el color de sus aguas. Hé aquí un abismo de ideas y de meditaciones, y un gran descubrimiento para los legisladores. Todas las tentativas de mejoras hechas en el sentido de este espíritu de raza han surtido buen efecto, todas las que se han hecho contra esta predisposicion natural se han malogrado, pues la naturaleza tiene mas poder que ellos. Esta idea que no es la de los filósofos modernos, es sin embargo evidente para el viagero; y mas filosofia se aprende en cien leguas de caravana que en diez años de lecturas y de meditaciones. Contento de errar así á la aventura, sin mas ruta que mi capricho, por medio de desiertos y de paises desconocidos, decia yo á mis compañeros y á M. Mazolier, mi dragoman, que á

hallar solo y sin afecciones de familia, esa seria la vida que á mí me agradaria pasar. Mi deseo seria no dormir jamas dos dias seguidos en el mismo sitio, pasear mi tienda de campaña desde las orillas de Egipto hasta las del golfo Pérsico, no pensar por la noche mas que en la oscuridad, recorrer con la planta, con la vista y con el corazon todas aquellas tiendas desconocidas, todas aquellas castas de hombres tan distintas de la mia, contemplar bajo todas sus formas la obra admirable del Criador, la humanidad. Y para eso, ¿qué se necesita? algunos esclavos ú criados fieles, armas, un poco de oro, dos ó tres tiendas, y otros tantos camellos. El cielo de aquellos paises es casi siempre templado y puro, la vida fácil y barata, la hospitalidad segura y pintoresca. Por mí, yo preferiria cien veces los años pasados así bajo diferentes cielos con huéspedes y amigos siempre nuevos, á la estéril y ruidosa monotonía de la vida de nuestras capitales. Mas dura es seguramente la vida de un hombre que vive en las sociedades de Lóndres ó de París que la del viagero que recorre todo el universo. El resultado de estas dos fatigas es sin embargo muy distinto; el viagero perece ó vuelve con un tesoro de ideas y de saber; el hombre sedentario de nuestras capitales envejece sin conocer y sin ver, y muere tan ignorante como el dia en que nació. Yo deseara, decia yo á mi dragaman, atravesar esos montes, bajar el gran desierto de Siria; llegarme á algunas de

aquellas grandes tribus desconocidas que lo habitan, recibir allí la hospitalidad durante algunos meses, pasar luego á otras, estudiar los puntos de analogía y las diferencias que hay entre ellas, seguir las desde los jardines de Damasco hasta las orillas del Eufrates, y á los confines de la Persia, recorrer el velo que encubre aun esa civilizacion del desierto, civilizacion de donde ha nacido y donde ha de volverse ha encontrar un dia el espíritu caballeresco; pero el tiempo nos falta; no veremos mas que las orillas de ese océano cuya estension nadie ha recorrido todavía. Ningun viagero hasta este dia ha penetrado en aquellas innumerables tribus que con sus tiendas y sus ganados cubren los campos que cultivaron los patriarcas; el solo hombre que lo intentó no ecsiste ya, y con él se han perdido los apuntes que habia llegado á reunir en los diez años de su residencia entre aquellos pueblos: ese hombre era el señor de Lascaris.

Nacido en el Piamonte, de una de aquellas familias griegas que se trasladaron á Italia despues de la conquista de Constantinopla, el señor de Lascaris era caballero de Malta cuando se apoderó Napoleon de esta isla. El señor de Lascaris, muy jóven todavía, le siguió á Egipto, se unió á su fortuna, quedó fascinado por su genio, fué uno de los primeros que comprendieron los grandes destinos que reservaba la Providencia á un jóven digno de

los tiempos de Plutarco, en una época en que todos los caracteres se hallaban gastados, debilitados ó corrompidos. Mas diré, comprendió que la grande obra que su héroe tenia que llevar á cabo, no era acaso la restauracion del poder en Europa, obra que la reaccion de las ideas hacia necesaria y por consiguiente fácil; presentia que el Asia ofrecia un campo mas vasto á la ambicion regeneradora de un héroe, que allí habia qué conquistar, qué fundar, qué renovar muy mas en grande que en ninguna otra parte; que el despotismo, de corta duracion en Europa, seria largo y eterno en Asia; que el grande hombre que llevase allí la organizacion y la unidad haria mucho mas de lo que hizo Alejandro, mas que pudo hacer en Francia Bonaparte. Parece que el jóven guerrero de Italia, cuya imaginacion era luminosa como el Oriente, vaga como el desierto, inmensa como el mundo, tuvo con el señor de Lascaris conversaciones confidenciales sobre este particular, y lanzó su pensamiento como un relámpago hácia el horizonte que su destino le habria. No fué mas que un relámpago, y es lástima; es evidente que Napoleon era el hombre del Oriente y no el hombre de la Europa. Acaso se reirán de esto mis lectores, esto parecerá á muchos una paradoja, pero consúltese á los viageros. Bonaparte, de quien se quiere hacer hoy el héroe de la revolucion francesa y

de la libertad, no comprendió nunca esta é hizo abortar aquella. Las páginas todas de la historia lo probarán cuando se escriban bajo otras inspiraciones que las que la dictan hoy. Bonaparte ha sido la reaccion encarnada contra la libertad de la Europa, reaccion gloriosa, estrepitosa, brillante, pero nada mas. En prueba de esto, pregúntese que es lo que queda hoy en el mundo de Bonaparte sino es una página de batallas y otra de una inhábil restauracion. Nada en efecto, nada ha quedado de él mas que su nombre y su gloria militar.

En Asia hubiera removido á los hombres á millones, y hombre de ideas sencillas él tambien, habria con dos ó tres ideas elevado una civilizacion monumental que le habria sobrevivido mil años; pero cometiése el error. Napoleon escogió la Europa; solamente quiso dejar detras de sí un explorador que reconociese lo que allí habia que hacer, y que trazase el camino de la India para cuando se le abriese su fortuna: este explorador fué el señor de Lascaris. Partió con instrucciones secretas de Napoleon y con las sumas necesarias para su empresa, y fué á establecerse en Alepo para perfeccionarse allí en el idioma árabe: hombre de mérito, de talento y de luces, fingió una especie de monomanía para cohonestar su residencia en Siria y su obstinacion en relacionarse con todos los árabes que del desierto llegaban à Alepo, y al cabo de

algunos años de preparativos, acometió por fin su grande y peligrosa empresa. Recorrió con diversa suerte y bajo disfraces sucesivos, todas las tribus de Mesopotamia y del Eufrates, y volvió á Alepo, ufano con los conocimientos que habia adquirido, y con las relaciones políticas que habia preparado à Napoleon.

Pero miéntras llenaba el señor de Lascaris de este modo su mision, la fortuna derribaba á su héroe. Supo aquel la caida de Napoleon el dia mismo en que volvia á llevarle el fruto de siete años de esfuerzos y de peligros: este golpe inesperado fué mortal para él: paso á Egipto y murió en el Cairo, solo y desconocido, dejando por única herencia sus apuntes. Dícese que el cónsul inglés recogió estos preciosos documentos, que podian llegar á ser tan perjudiciales para su gobierno: mas no se sabe si los destruyó ó si los envió á Lóndres.

¡Qué lástima, decia yo á M. Mazolier, que lástima que se haya perdido para nosotros el resultado de tantos años y de tantos afanes!

—Algo queda de ellos, me respondió; yo conocí en Latakié, mi patria, á un jóven árabe que acompañó al señor de Lascaris en todos sus viages. Cuando murió este, volvió privado de todo recurso á casa de su madre, y ahora vive de lo que le produce un empleillo en las oficinas de un comerciante de Latakié, donde le traté; y recuerdo que mu-

chas veces me habló de un cuaderno de apuntes que escribió á instigacion de su patron en el curso de su vida nómade.

—¿Y cree vd., dije à M. Mazolier, que ese jóven consentiría en vendérmelos?

—Creo que sí, repuso; lo creo tanto mas cuanto muchas veces me ha manifestado deseos de ofrecérselos al gobierno francés, pero nada es tan fácil como cerciorarnos de ello; voy á escribir à Fatalla Sayeghir, que así se llama el jóven árabe. El tártaro de Ibrahim—Bajá le entregará mi carta, y tendremos la respuesta al volver á Saide.

—Hágame vd. el favor de encargarse de ese asunto, y puede vd. ofrecer por el manuscrito dos mil piastras.

Pasaron algunos meses àntes de que me llegase la respuesta de Fatalla Sayeghir, y de vuelta en Berut, envié á mi intérprete á Latakié à negociar directamente la adquisicion del manuscrito; aceptadas las condiciones y pagada la suma, M. Mazolier me trajo las notas árabes. Durante el invierno las hice traducir, con ímprobo afan, en lengua franca, y luego las traduje yo al francés, con lo que puedo ahora hacer disfrutar al público del fruto de un viage de diez años, que ningun viagero habia realizado hasta entónces. La suma dificultad de esta doble traduccion debe hacer disculpar el estilo de estas notas, tanto mas cuanto el estilo

importa poco en esta clase de obras, donde los hechos y las costumbres son todo. Tengo certeza de que el primer traductor no ha alterado cosa alguna, limitándose a suprimir algunas prolijidades y tal cual circunstancia que no era mas que una repeticion ociosa y que nada aclaraba.

Si esta relacion tiene interes para la ciencia, la geografia y la política, una sola cosa me quedará que desear, y es que el gobierno frances, a quien tan largos peligros y prolongados destierros estaban destinados a servir é ilustrar, manifieste una tardia gratitud al desgraciado Fatalla Sayeghir, cuyos servicios podrian hoy serle tan útiles. Lo mismo deseo para el jóven y hábil intérprete M. Mazolier, que ha traducido estos apuntes del árabe y me ha acompañado durante mis viages de un año por la Siria, la Galilea y la Arabia. Versado en el conocimiento del árabe, hijo de una madre árabe, sobrino de uno de los jeques mas poderosos y venerados del Líbano, habiendo recorrido ya conmigo todos estos paises, familiarizado con las costumbres de todas estas tribus, hombre de valor, de inteligencia y de probidad, adicto de corazon à la Francia, este jóven podria ser utilísimo al gobierno en nuestras escalas de Siria.

Hé aquí la relacion literalmente traducida de Fatalla Sayeghir.

RELACION.

DE

FATALLA SAYEGHIR.

A la edad de diez y ocho años salí de Alepo, mi patria, con un fondo de géneros para ir à establecerme en Chipre, y como tuve bastante suerte en el primer año en mis operaciones mercantiles, les tomé afición y tuve la fatal idea de hacer para Trieste un cargamento de productos de la isla: al poco tiempo estuvieron embarcadas mis mercancías, que consistían en algodón, seda, vinos, esponjas y coluquintidas. El 18 de Marzo de 1809, mi buque, al mando del capitán *Chefalinati*, dió la vela, y ya calculaba yo los provechos de mi especulación, cuando en medio de mis dulces ilusiones me llegó la funesta noticia de haber sido apresado mi buque por una fragata de guerra inglesa, que lo llevó a Malta. Preciado por tamaña pérdida a declararame en quiebra, tuve que retirarme del comer-

cio, y completamente arruinado, dejé a Chipre para volverme a Alepo.

Pocos dias despues de mi llegada, comí en casa de un amigo mio con varias personas, entre las cuales habia un extranjero muy mal vestido, pero á quien todos sin embargo hacian mucho acatamiento. Despues de comer tuvimos un poco de música, y habiéndose sentado junto a mí aquel extranjero, me dirigió la palabra con afabilidad: hablamos de música, y despues de una conversacion bastante larga, me levanté para ir a preguntar su nombre, y supe que se llamaba el señor *Lascaris* de *Vintimille*, y que era caballero de Malta. Al dia siguiente le ví entrar en mi casa con un violin en la mano.

—“ Hijo mio, me dijo al entrar, ayer noté cuan “ aficionado sois a la música; ya os considero como “ à hijo mio, y os traigo un violin que os ruego “ acepteis.”

Recibí con sumo placer aquel instrumento, que hallé muy de mi gusto, y le dí las mas espresivas gracias; despues de dos horas de una conversacion muy animada, durante la cual me hizo mil preguntas sobre toda especie de cosas, se retiró, pero volvió al dia siguiente, y así continuó sus visitas por espacio de quince dias: luego me propuso que le diese lecciones de árabe, de una hora por dia, por las cuales me ofreció cien piastras mensuales.

Acepté con gusto aquella ventajosa proposición, y á los seis meses de lección ya empezaba a hablar y a leer el árabe muy regularmente. Un día me dijo:

—“Hijo mio (pues así me llamaba siempre) veo que teneis una afición decidida al comercio, y como deseo pasar algún tiempo con vos, quiero ocuparos de un modo que os sea agradable. Ahí teneis dinero; comprad algunos géneros de los mas estimados en Homs, en Hama y en sus cercanías, los llevaremos a esos puntos adonde van pocos tratantes, y ya vereis como hacemos buenos negocios.”

El deseo de no separarme del señor Lascaris, y la persuasión de que aquella empresa nos seria ventajosa, me hicieron aceptar su proposición sin titubear, é inmediatamente empecé, en vista de una nota que me dió, a hacer las compras, que consistían en los siguientes géneros: lienzo colorado, ambar, corales en rosarios, pañuelos de algodón, pañuelos de seda negra y de color llamados *cafiés*, camisas negras, alfileres, agujas, peines de box y de hueso, sortijas, bocados para caballos, brazaletes de vidrio y otras baratijas de esta materia, a todo lo cual añadimos productos químicos, especias y drogas. Por todos estos géneros pagó el señor Lascaris once mil piastras ó dos mil *talaris*.

Cuantas personas de Alepo me veían comprar

estas mercancías, me decían que el buen Lascaris se habia vuelto loco, y efectivamente su trage y sus modos le hacían pasar por tal.—Llevaba una barba larga y mal peinada, un turbante blanco y muy sucio, un mal balandran ó *gombaz* con una chaqueta por encima, un cinturón de cuero y zapatos colorados, sin medias: cuando se le hablaba, hacia como que no entendía lo que se le decía. Pasaba la mayor parte del día en el café, y comía en el bazar, cosa que no hacen nunca las personas decentes. Estas extravagancias tenían un objeto, como mas adelante supe, pero los que no le conocían, le creían tocado de la cabeza. Por lo que a mí toca, me parecia muy cuerdo y sensato; sobre todo discurreia bien, y en suma, tenía por un hombre superior. Un día, cuando todas nuestras mercancías estuvieron encajonadas, me hizo llamar para preguntarme qué decían de él en Alepo.

—“Dicen, le respondí, que estais loco.

—“Y a vos, qué os parece? repuso.

—“A mí me parece que sois muy cuerdo y muy instruido.

—“Espero probároslo con el tiempo, me dijo; pero para eso es preciso que os obligueis a hacer cuanto os mande, sin replicar ni preguntar-me la razón; obedecerme en todo y por todo; en fin, esijo de vos una obediencia ciega, y creed que no tendréis por qué arrepentiros de ello.”

Luego me dijo que fuese a comprarle mercurio, y así lo hice inmediatamente; mezclóle con grasa y otras dos drogas que yo no conocia, y me aseguró que ciñéndose el cuello con un hilo de algodón empapado en aquella mezcla no habia que temer las picaduras de los insectos. Díjeme entre mí que no habia bastantes insectos en Homs ó en Hama para ecsigir semejante preservativo, y que por consiguiente sin duda le destinaba para algun otro pais; pero como acababa de prohibirme que le hiciese ninguna observacion, me contenté con preguntarle qué dia partiriamos para ajustar con tiempo à los camelleros.

—“Treinta dias os doy, me respondió, para divertirlos; mi caja está a vuestra disposicion; divertíos bien, gastad cuanto querais,—no os andeis en reparos.”

—Esto es, dije para mi capote, que quiere que me despida de este mundo;—pero el tierno afecto que ya entonces le profesaba pudo mas que esta reflexion; no pensé mas que en lo presente, y aproveché el plazo que me concedia para divertirme bien; pero ¡oh! el tiempo del placer pasa pronto. Cumplióse el plazo, y aprovechando la ocasion de una caravana que iba a Hama, el juéves 18 de Febrero de 1810 salimos de Alepo y llegamos a la aldea de Saarmin, al cabo de doce horas de marcha: al dia siguiente salimos para Nuarat el Nahaman, lindo pueblecito a seis horas de camino,

famoso por la salubridad del aire y la bondad de sus aguas, y patria de un célebre poeta árabe llamado Aboul el Hella el Maari, ciego de nacimiento. Este poeta aprendió a leer y a escribir por un método muy singular: metiase en un baño de vapor mientras que con agua de nieve le trazaban sobre la espalda el dibujo de los caracteres árabes. Cítanse de él muchos rasgos de admirable sagacidad, y entre otros este:—hallándose en Bagdad, en casa de un kalifa a quien siempre estaban ponderando el aire y el agua de su pais, hizo traer el kalifa agua del rio de Nuarat, y sin avisarle, se la dió a beber, y habiéndola el poeta reconocido al instante, esclamó:—Esta es en efecto su agua límpida; pero ¿donde está su aire tan puro?... Volviendo ahora á nuestra caravana, detúvose dos dias en Nuarat para asistir a una feria que se celebraba allí todos los domingos; fuimos á pasearnos por ella, y entre el gentío perdí de vista al señor Lascaris; despues de haberle buscado por largo rato, acabé por descubrirle en un rincon apartado del concurso, hablando con un beduino muy andrajoso. Preguntéle con sorpresa qué placer hallaba en la conversacion de semejante personage, no pudiendo ni entender su árabe ni hacerle entender el suyo. “El dia en que tengo la dicha de hablar con un beduino, me respondió, es uno de los mas felices de mi vida.”

—“En ese caso, repuse, muchos dias felices ten-

“ dreis, porque continuamente hallaremos a esa
 “ casta de gentes.”

Hízome comprar tortas y queso, y se los dió á Hettal (que así se llamaba el beduino), quien se despidió de nosotros dándonos las gracias. El 22 de Febrero salimos de Naurat el Nahaman, y al cabo de seis horas de camino llegamos á Khrau Chelkhria; luego al dia siguiente, al cabo de nueve á Hama, ciudad considerable, donde á nadie conocíamos y para donde no llevaba el señor Lascaris ninguna carta de recomendacion. Pasamos la primera noche en un café, y alquilamos al dia siguiente un cuarto en el khan de Asshad' baja. Estaba yo abriendo los fardos y preparando las mercancías para la venta, cuando me dijo el señor Lascaris con muestras de vivo enojo:

“ ¡No teneis en la cabeza mas que vuestro miserable comercio! ¡Si supiérais cuantas cosas mas útiles é interesantes hay que hacer!” En vista de esto, no pensé en vender nada, y me fuí á recorrer el pueblo. Al cuarto dia paseándose solo el señor Lascaris, penetró hasta el palacio que está arruinándose, y habiéndole examinado atentamente, tuvo la imprudencia de empezar á tomar sus dimensiones: cuatro vagamundos que estaban jugando en secreto bajo unos arcos rotos, se precipitaron sobre él, amenazándole con denunciarle como culpado de querer extraer tesoros ocultos é in-

roducir *giaours* en el palacio. Con un poco de dinero todo su hubiera arreglado; pero el señor Lascaris se defendió y escapándose á duras penas, fué á buscarme, y aun no habia acabado de contarme su aventura, cuando vimos entrar dos satélites del gobierno con uno de los delatores. Apoderáronse de la llave de nuestro cuarto, y nos llevaron consigo haciéndonos andar á palos como unos mahechores. Llegado que hubimos á presencia del muzlin Selim Beik, conocido por su crueldad, nos interrogó en estos términos: “ ¿De qué pais sois?

—“Mi compañero es de Chipre, le respondí y
 “ yo de Alepo.

—“Qué motivo os trae á esta tierra?

—“Hemos venido á comerciar.

—“Mentís; hay quien ha visto á vuestro compañero ocupado en el palacio tomando medidas y levantando planos, y eso no puede tener otro fin que el de apoderarse de un tesoro ó entregar la plaza á los infieles.” Luego, volviéndose á las guardias: “Llevad, añadió, esos dos perros al calabozo.” No se nos permitió decir una palabra mas; cuando llegamos á la cárcel, nos pusieron gruesas cadenas en los piés y al cuello y nos encerraron en un oscuro calabozo, donde estábamos tan estrechos que ni siquiera podíamos volvernos. Al poco tiempo obtuvimos luz y pan mediante un *talarí*; pero la inmensa cantidad de pulgas y otros

insectos que infestaban la prision nos impidieron pegar los ojos en toda la noche: apenas teniamos alientos para pensar en los medios de salir de aquel horrible sitio. Al fin me acordaré de un escritor cristiano, llamado Selim, á quien conocia de reputacion por hombre servicial; soborné á uno de nuestros sayones, que fué á buscarle, y al dia siguiente Selim arregló felizmente aquel negocio, mediante un regalo de sesenta *talaris* al muzlim y de unos sesenta piastras á sus dependientes: á este precio obtuvimos nuestra libertad. Aquel encarcelamiento nos proporcionó la ventaja de conocer á Selim y á otras muchas personas de Hama, con las cuales pasamos unos veinte dias muy agradablemente. Le ciudad es hermosísima; el Oronte la cruza y la alegre y anima; sus abundantes aguas fertilizan una multitud de jardines. Los habitantes son amables, discretos y vivos; gustan de la poesia y la cultivan con buen éxito: se les ha dado el nombre de pájaros que hablan, nombre que los caracteriza muy bien. Habiendo pedido el señor Lascaris á Selim una carta de recomendacion para un hombre de mediana condicion de Homs, que pudiese servirnos de guía, nos escribió el siguiente billete:

“ A nuestro hermano Yacub, salud. Los dadores
 “ de la presente son buhoneros, y pasan á vuestro
 “ pueblo para vender sus mercancías en las cerca-
 “ nías de Homs; asistidlos en cuanto podais, y

“ vuestro afan no será perdido, pues son hombres
 “ de bien. Salud.”

Muy contento el señor Lascaris con esta carta, quiso aprovecharse de una caravana que pasaba á Homs. Salimos el 25 de Marzo, y llegamos al cabo de seis horas de camino á Rástain, que ya no es en el dia mas que el resto de una antigua ciudad considerable, donde nada merece particular atencion. Continuamos nuestro camino, y al cabo de otras seis horas estábamos en Homs. Yacub, á quien entregamos nuestra carta, nos recibió perfectamente y nos dió de cenar: su oficio era hacer capas negras, llamadas *machlas*. Despues de cenar, algunos hombres de su condicion vinieron á hacerle compañía, á tomar café y á fumar.

Uno de ellos, cerrajero, llamado Naufal, nos pareció muy inteligente: hablónos de los Beduinos, de su modo de vivir y de guerrear, y nos dijo que pasaba seis meses del año en sus tribus para componerles las armas, y que tenia muchos amigos entre ellos. Cuando nos quedamos solos, el señor Lascaris me dijo que aquella noche habia visto á todos [sus parientes, y como yo le manifestase mi asombro de que hubiese vintimilles en Homs:

—“El encuentro de Naufal, me dijo, es mas precioso todavia que el de mi familia entera.” Ya era tarde cuando se retiró, y el dueño de la casa nos dió un colchon y una manta para los dos. El

señor Lascaris nunca habia dormido con nadie; pero por bondad insistió para hacerme dormir con él; por no contrariarle me eché á su lado; pero apenas apagó la luz, me embocé en mi *manchlas* y pasé la noche tendido en el suelo. Al dia siguiente al despertarnos, nos hallamos ambos acostados del mismo modo. El señor Lascaris habia hecho lo mismo que yo: "Muy buena señal es, me dijo abrazándome, que ambos hayamos tenido la misma idea, hijo mio, pues tengo sumo gusto en darte este título, que no dudo te agrade tanto como á mí." Díle las gracias por el interés que me manifestaba, y salimos juntos para ir á suplicar á Naufal que nos acompañase por todo el pueblo, y nos enseñase todas sus curiosidades, prometiéndole indemnizarle de la pérdida de su jornal. La poblacion de Homs es de 8,000 almas; el carácter de los habitantes es en un todo opuesto al del de los de Hama. La ciudadela, situada en el centro de la ciudad, está medio arruinada; un brazo del Oronte baña las murallas, bien conservadas: el aire es muy sano.

Compramos, por cuarenta piastras, dos pellizas ó zamarras de pieles de carnero semejantes á las de los beduinos, que son impermeables. Para estar con mas libertad, alquilamos un cuarto en el Khan, y suplicamos á Naufal que se quedase con nosotros, obligándonos á darle lo que hubiera ga-

nado trabajando en su tienda, esto es, sobre tres piastras diarias. Utilísimo nos fué: el señor Lascaris le hacia mil astutas preguntas, y obtenia de él cuantos indicios deseaba, haciéndole explicar las costumbres, los usos y el caracter de los beduinos, su modo de recibir á los extranjeros y de portarse con ellos. Treinta dias nos detuvimos en Homs, para aguardar la época de la vuelta de los beduinos, que por lo comun dejan las cercanías de esta ciudad hácia el mes de Octubre para dirigirse á mediodia, siguiendo siempre el buen tiempo, el agua y los pastos, caminando un dia y descansando cinco ó seis. Unos van así hasta Basora y Bagdad, otros hasta Chatt el Arab, donde se reunen el Tigris y el Eufrates. En el mes de Febrero empiezan á volver hácia la Siria, y á fines de Abril se les ve en los desiertos de Damasco y de Alepo. Naufal nos dió todos estos informes y nos dijo que los beduinos hacian gran uso de pellizas semejantes á las nuestras, de *machlas* negros, y sobre todo de *cafiés*; por lo tanto el señor Lascaris me hizo comprar veinte pellizas, diez *machlas* y cincuenta *cafiés* de que hice un fardo: esta compra ascendia á 1.200 piastras.

Habiéndonos propuesto Naufal ir á visitar la ciudadela, el temor de una aventura como la de Hama nos hizo titubear al principio; pero mediante su palabra de que no nos sucederia ningun fracaso y de que respondia de nosotros, aceptamos y

fuimos con él á ver aquellas ruinas situadas en la cumbre de un cerro, en medio de la ciudad. Este castillo ó alcázar está mejor conservado que el de Hama; en él observamos una gruta escondida y profunda, de la cual salia un caudaloso manantial; el agua se escapa por un boquete de cuatro pies sobre dos, y se precipita por entre barras de hierro, por un segundo boquete. Esta agua es excelente:—contáronnos una antigua tradicion que dice que habiéndose cerrado una vez el paso de aquellas aguas, llegó seis meses despues una diputacion de Persia, que mediante una crecida suma dada al gobierno, obtuvo que se destapara la abertura y no podria volverse á obstruir en lo sucesivo. Ahora está prohibido y es muy difieil entrar en esa gruta.

De vuelta en la posada, preguntóme Jeque Ibrahim si tomaba apuntes de lo que habiamos visto y de lo que nos habia sucedido desde nuestra salida de Alepo, y habiéndole respondido que no, me pidió que le hiciese y procurase recordar lo pasado, llevando un diario puntual de todo, en árabe, para que él pudiese luego traducirlo al francés. Desde entónces empecé á tomar apuntes que él copiaba todas las noches, y me devolvía al dia siguiente: ahora los reuno con la esperanza de que puedan ser útiles algun dia y proporcionarme una ligera compensacion de mis afanes.

Habiéndose decidido el señor Lascaris á salir para la aldea de Saddad, insté á Naufal á acompañarnos, y reuniéndonos á algunas otras personas, salimos de Homs con todas nuestras mercancías. Al cabo de cinco horas de camino, atravesamos un ancho arroyo que corre del Norte al Mediodía hácia al castillo de Hasné: este castillo mandado por un agá, sirve de punto de parada á la caravana de la Meca cuando viene de Damasco. El agua de este arroyo es excelente, y de ella llenamos nuestras odres, precaucion necesaria, porque no vuelve á hallarse agua en las siete horas de camino que hay que andar para llegar á Saddad, á donde llegamos al anochecer. Naufal nos llevó á casa del jeque Hassaf-Abou-Ibrahim, anciano venerable, padre de nueve hijos, todos casados, y que habitan bajo el mismo techo. Recibiéonos perfectamente, y nos presentó toda su familia, que se componia de sesenta y cuatro personas. Habiéndonos preguntado el jeque si queriamos establecernos en el pueblo, ó viajar por otros países, le dijimos que éramos comerciantes; que, como la guerra entre las potencias habia interrumpido las comunicaciones por mar con Chipre, habiamos querido establecernos en Alepo; pero que habiendo hallado en esta ciudad comerciantes mas ricos que nosotros, nos habiamos decidido á llevar nuestras mercancías á puntos menos frecuentados, esperando así sacar